

1990

Los días y las gentes; Civilización o barbarie; Un embrollo maldito

Alfredo Bryce Echenique

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Echenique, Alfredo Bryce (Primavera 1990) "Los días y las gentes; Civilización o barbarie; Un embrollo maldito," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 31, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss31/12>

This Notas de la actualidad is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

LOS DIAS Y LAS GENTES

Alfredo Bryce Echenique

Se ha hablado tanto, en cierta prensa peruana, de la descomposición del Estado Nacional y de la calcutización de Lima, que uno que es peruano se siente siempre en el deber de aterrorizar lo suficiente a la persona extranjera que lo acompaña en su viaje a Perú. Es una precaución, un mecanismo anti robo, y una forma de suavizar lo más posible la probable psicosis del visitante primerizo. Las anécdotas se mezclan con los hechos reales y el resultado puede tener los efectos de un antídoto proporcionado a tiempo. Lo único malo de este tratamiento preventivo es que, ante un determinado temor, todo lo leído y escuchado vuelve a la memoria casi de golpe, confundido y mal jerarquizado, y sobre todo recubierto por una gruesa capa de falsos lugares comunes sobre Hispanoamérica, o en este caso, Perú, que anida en la memoria colectiva de los europeos.

Mi esposa y yo emprendimos un viaje como de aquí a Lima, o sea de Madrid a Lima. Yo la había sometido antes a un largo y paciente tratamiento de shock, basado sobre todo en contarle algunas muy desagradables experiencias vividas durante mi anterior viaje a Perú, tan sólo año y pico atrás. Bueno, ahora las cosas estaban peor, o sea que tenían que estar realmente mal, si no pésimo. Por una sobreventa de billetes, Iberia, como si se tratara de una compañía de aviación peruana, sólo pudo embarcarnos dos días después de lo previsto. Y a México, donde ya nos topábamos con la realidad peruana en forma nada menos que de vuelo México-Lima en AeroPerú. No llegaríamos nunca, por consiguiente. Y a mi esposa le expliqué que en Perú había existido una pequeña compañía de aviación, TAM, cuyas siglas significaron siempre para todos los peruanos: Transportes Al Otro Mundo.

Bueno, podíamos leer algo sobre Perú ahí en el aeropuerto de México, mientras AeroPerú cumplía con atrasarse. Conocida era la historia: cuando un avión de AeroPerú llega puntual, es el del día anterior. Abro pues la revista limeña *Oiga* y leo las autorizadas palabras del historiador peruano César Pacheco Vélez: "...un país subdesarrollado que proporcionalmente produce menos que hace veinte años, que tiene que importar alimentos esenciales que antes producía y soportar los efectos de una deuda externa impaga desde hace más de tres años. Un país con uno de los índices de incremento poblacional más elevado en la región latinoamericana y, por tanto, en el mundo: es decir, con una explosión demográfica que, dada la escasez de recursos, sólo puede

repartir pobreza a un ritmo acelerado. Un país azotado por la violencia terrorista desde hace casi una década, a la cual se añade un foco guerrillero y, desde antes, la contraviolencia y el abuso del poder. Con la plaga del narcotráfico que cada día gana más espacio de poder, y una nueva forma despiadada de delincuencia que destruye al país desde sus bases mismas...”

Volteo donde mi esposa y le digo: — Mira, mira lo que dice aquí Pacheco Vélez: “El Perú es hoy un país que no se reconoce a sí mismo, que no se ha reconciliado con su propio destino, la gente vive, todavía, un trauma de decisión, de disyunción. En ese sentido, esta crisis de identidad significa una crisis moral, una crisis de visión, de concesión y de conducta. Si hay algún aparente consenso en el país, es que vivimos una de las más agudas crisis de nuestra historia republicana...” Y llego al párrafo sobre la clase dirigente, que mi esposa no debe perderse, si quiere conocer a los malos de siempre, a los verdaderos culpables históricos: “Como manifestó (el gran historiador) Basadre, ha sido una clase dominante pero no dirigente. No ha asumido todavía su responsabilidad y ha pensado solamente en su parcela, con una perspectiva muy encajonada. Les falta abnegación, sentido de sacrificio, sentido del trabajo por los demás (...) O caminamos todos juntos hacia la culminación de un proceso integrador, del Perú como Estado-Nación (...), o vamos a su liquidación por el retorno a la dispersión tribal y dialéctica.

Bueno, y ni qué digamos del pobre Perú y su actual presidente tan carismático que la gente realmente ya no sabe qué hacer con sus televisores, por temor a encontrárselo. Afirma Pacheco Vélez que “Una crisis como la que vive el Perú ni se administra ni se supera con fragmentos de legitimidad carismática, sino por el consenso racional, la participación amplia, y el reconocimiento de las jerarquías y las instancias autónomas y la autolimitación del poder”.

Me estaba lanzando a contar anécdotas sobre nuestro Presidente carismático, cuando de AeroPerú nos llamaron corriendo. El vuelo salió puntual, nos trataron muy puntualmente, y a Lima llegó tan puntual que no había absolutamente nadie para recibirnos. Horror: nos tocaba enfrentarnos con las aduanas de la arbitrariedad y la corrupción y el que cargaba los equipajes seguro que nos iba a estafar con la propina, primero, y luego, saliendo disparado con nuestras maletas no bien cruzáramos el umbral del aeropuerto. Estábamos perdidos, pero en Lima uno siempre está perdido y bueno, como que tenía que entregarme o no sé qué.

Pero el hecho de que mi esposa fuera extranjera me obligó a recuperar estatura y dignidad y a dirigirle la palabra a un ladrón cargamaletas. Le pregunté cuánto me iba a cobrar, y me respondió que él no me podía cobrar, que ya después veríamos, lo que fuera mi voluntad, porque él no tenía por qué combarme ni hacer quedar mal al aeropuerto de Lima. Después el cholito ladrón siguió haciendo quedar bien al aeropuerto de Lima, y nos llevó donde una señora bastante desocupada de la aduana. La señora no nos dejó abrir nada.

Sólo quería ver nuestros pasaportes y saber cuántos días nos íbamos a quedar en Perú. Casi le digo que pocos, porque nos matarán antes, pero la verdad es que ya nos estaba diciendo: "Pasen pasen", y deseándonos una estadía tan feliz en Perú, que casi la abrazo e incluyo entre mis queridísimos familiares. Pobres: ellos cómo se iban a imaginar que un avión peruano podía llegar puntual. Y el cholito cargador y ladrón que ni me robó maletas ni me quiso cobrar nada ni aceptar la propina porque mi billete era muy grande. Una banda escolar tocaba música andina mientras subíamos a un taxi y yo estaba a punto de gritar 'Viva Perú!', pero a lo mejor el ladrón era el taxista. El taxista, si algo era, era un descendiente directo del Quijote en América.

En el Miraflores Cesar's Hotel prácticamente sacaron la puerta de entrada porque el señor Bryce venía esta vez en compañía de su señora esposa. La querían cargar y todo, pero yo les dije que se encargaran más bien del equipaje. Y después, arriba, en la suite, eran tantas las plantas y flores y tan exóticas y variadas las canastas de frutas que, la verdad, ya no me parecía tan indispensable tener que mandarme el viaje hasta los mosquitos y arañas de la Amazonía. Nos concentraríamos en los Andes, en las zonas no liberadas por Sendero Luminoso, y en diversos puntos de la costa peruana, tan familiar para mí. Para ello entramos en contacto con dos muchachos de Hircá Tours, Mañuco y Lucho, y la alfombra roja que la realidad peruana nos estaba colocando desde nuestra llegada a Lima empezó a extenderse por cada lugar que visitábamos. Nunca nos robaban nada y cada vez nos obsequiaban más. "Son los restos de los fastos", le decía yo a mi esposa. Y mientras tanto ella misma podía ir comprobando algo que siempre cuenta la gente que visita países como Chile o Perú: la amabilidad de la gente y la sabiduría de los mozos en los restaurants. Un amigo francés, gran gourmet y gourmand, me confesó un día que nunca había visto servir tan bien el vino como en Perú, hasta en un pueblecito perdido de los Andes.

A veces, observando a los muchachos de Hircá Tours, me daba cuenta de la forma en que trabaja cierta gente en Lima. Prácticamente no se nota en la alegría con que interrumpen su jornada laboral, para llevarlo a uno a un excelente restaurant, que puedan estar partiendo a Nueva Zelandia en busca de clientes, y que hayan creado toda una experiencia de "turismo social", por llamarla de alguna manera. Jamás lo pudieron hacer vía las autoridades, porque inmediatamente surgía la "coima", la trampa burocrática y el entrapamiento de la experiencia. Lucho y Mañuco, sin embargo, prescindieron de las autoridades y crearon turismo a las barriadas. Una comida como la de cualquier familia de tal o tal chabola y con la familia preparándola. Se paga en dólares. Se vive muy de cerca una realidad. Y los dólares se quedan en manos de comités de barriadas que luego los han ido empleando para crear cocinas o comedores populares.

Comer en el Cusco, en Arequipa, en Chíncha, Ica, o Paracas, era pasar de la maravillosa cocina criolla limeña a las criollas cocinas regionales en uno

de los países que, según escribió un gran especialista francés en *Le Monde*, posee con China y Francia una de las tres mejores cocinas del mundo. Vi a mi amigo francés Michel Delmotte llorar de emoción en Arequipa ante un plato de sopa. O sea, pues, que visitábamos ciudades y regiones y éramos recibidos por los amigos de colegio y universidad en Lima, entre casonas maravillosas. Todos se quejaban: la inseguridad, los incesantes apagones, la carestía, la escasez. Y todos odiaban a Alan García.

El Presidente, que en algún momento llegó a alcanzar un 90% de apoyo a su gestión, metió la pata para siempre en este gobierno cuando un día, llevado por una verdadera rabieta y sin consultar ni con su partido, decidió estatizar la banca. Lo hizo tan mal que no supo siquiera elegir buenos abogados para su torpe causa. Y la prepotencia con que venía actuando se agudizó hasta hacer que muchos, con razón, temieran por la salud de la tan débil democracia peruana. Hoy el APRA está de capa caída. Es el Partido que esperó sesenta años para gobernar y que ha puesto a Perú, por obra y gracia de su Presidente, en una situación difícilísima. Todo esto ha hecho que aflore y se extienda el anti-aprismo visceral en amplios sectores de la sociedad peruana. "Aprista" es un insulto bastante fuerte en estos días, en Lima.

Pero si ayer cantamos en el fabuloso almuerzo criollo de los compañeros de colegio, almuerzo interminable de mariachis y guitarras criollas, hoy es día de que mi esposa conozca la otra cara de la moneda. Muy temprano, vienen a buscarnos dos sociólogos en una Land Rover e iniciamos el duro periplo de las barriadas, desde aquéllas que nacieron en la década del 40 y no tienen solución alguna, como El Agustino, hasta las que acaban de "instalarse" por el litoral sur de Lima. El 80% de la población de Lima vive en barriadas o en tugurios. Y me impresiona brutalmente esta ciudad que en cinco lustros ha pasado de uno a casi ocho millones de habitantes. Son tantos los niños y jóvenes que vemos que nadie en la camioneta lo pone en duda: pertenecen al país de desconcertadas gentes que es Perú, según una célebre definición. Pero esos ojos que miran siempre hacia un futuro incierto, ¿no forman parte también del Perú que el historiador Basadre llamó "país de las oportunidades perdidas"?

Las barriadas viven la campaña electoral, nos explica un sociólogo, casi como unas navidades. Llegan los candidatos. Pues que lleguen con algo si ouieren que se les aplauda. Ya después veremos a quién votaremos. Lo importante no es ya lo que prometen, sino lo que traen; aunque no sea más que unos cuantos bidones de agua o un poco de alimentos. Ayer tal candidato nos trajo tal cosa y se le aplaudió. Las caras son de hambre y las manos de tierra. Los niños están en el suelo y el origen andino es casi siempre evidente.

Pero un poco más allá, el Perú inefable, funcionando en plena barriada. El Perú de los rezagos señoriales, del respeto y la fórmula, de la gracia y el protocolo, infiltrado ahora en el corazón mismo de una barriada tan nada limeña en su composición, sin embargo. Juegan al fútbol microbuseros de dos comités

diferentes. La cancha es pequeña y de tierra y el público establece el límite lateral. Un locutor grita con emoción de estadio nacional cada jugada y el altoparlante agranda tanto su voz que realmente va surtiendo un efecto enloquecedor entre los jugadores. Al oír éstos el relato de sus hazañas, producto de la exageración del locutor, se crecen, vuelan, dan gigantescos saltos, y el partido adquiere una emoción absolutamente surrealista. El locutor llama a los microbuseros por sus apellidos, a secas: Pérez, y ahora García, que pasa peligrosamente al *señor* Gómez, que es también el *doctor* Gómez o *don* Rafael. Pregunto y me explican: es el abogado de los microbuseros. Trato y respeto especial, pues.

Fue un viaje que siguió tan lleno de buena vida como de pérdidas irremediables, tan lleno de contrastes como la decadencia de un país, su deterioro moral y físico, y la gente, su maravillosa gente, los amigos de siempre, que siempre también son más. Una geografía que debería atraer a millones de turistas y que a juzgar por el trabajo de algunos abnegados empresarios modernos, puede llegar a atraerlos. Fue mi viaje mágico a Perú. La puntualidad de AeroPerú y de su rival, Faucett, la envidiarían por cierto muchas compañías europeas y norteamericanas. En Lima la gente nos decía que había sido un milagro, pero como que se alegraban mucho de que hubiera ocurrido estando nosotros ahí. Fue el viaje más sereno que he hecho a Perú. Hablé con millones de personas y fui juntando todo un material para cotejar lecturas y opiniones recogidas.

Leo la revista *Caretas*, en el viaje de regreso, y subrayo las opiniones de destacados miembros del Instituto de Estudios Peruanos (IEP). Julio Cotler afirma: "Cuando vemos ambulantes enfrentándose a la policía y gritándoles que son peruanos, o cuando vemos campesinos bloquear una carretera, o cuando los médicos marchan hacia el Congreso (...) todos ellos están diciendo una sola cosa: Somos ciudadanos, queremos ser ciudadanos de un solo país..." Dice Efraín González Olarte: "Por otro lado, el Perú es un país con una de las distribuciones de ingreso más desiguales de América latina. ¿Cómo se podrían identificar como peruanos un campesino que vive en una choza en la sierra con un empresario que vive en las Casuarinas?" Agrega Jurgen Golte: "... no existe una utopía general que dé una imagen de cómo debería gestarse este país (...) Hablar de **lo popular** como algo ajeno a nosotros no es más que un rezago de una sociedad con una democracia todavía no constituida, porque el hecho de percibir a lo popular como algo que uno mismo no es, significa que no hay democracia". María Rostworowski afirma: "el Perú es un país andino, esa preponderancia de la costa y del centralismo que siempre ha ejercido Lima se ha traducido en la desintegración social del Perú". Dice Julio Cotler: "... el Perú tiene aún una sociedad civil muy débil (...) El Perú no tiene **sistema** político..." Y, sobre los ambulantes, afirma: "Ahora hay quienes han glorificado esta situación llamándola informalidad; pero si es cierto que la gente cada vez trabaja más por la suya, también es verdad que al mismo tiempo reclama la instituciona-

lización de la política y el estado". Por último, Efraín González de Olarte afirma: "Todo el mundo dice que los principales problemas del Perú son la hiperinflación, la violencia y el narcotráfico, pero éstos son los efectos, no los problemas".

Y muchas opiniones más que se complementan, pero no siempre del todo. Que se contradicen, pero tampoco siempre del todo. Aunque también podemos encontrar opiniones y actitudes radicalmente diversas en el Perú de hoy.